

ET VERBUM CARO FACTUM EST! VENITE, ADOREMUS

“*Aquel que es la Palabra se hizo hombre*” (Jn 1, 14). **Venid a adorarlo.** Estamos en Navidad. Quizás cuando recibáis el ejemplar de la revista habrán pasado las festividades. Lo bueno es recibirla a tiempo; no lo estamos consiguiendo. Perdonad si abusamos de vuestra comprensión. Seguimos intentándolo.

Quiero presentar esta vez la celebración del Misterio del nacimiento del Hijo de Dios en Belén bajo el signo de la “Palabra hecha carne”, como lo describe San Juan en el prólogo de su evangelio. El Hijo, que es espíritu absoluto, se hace carne, es decir, debilidad, fragilidad, algo efímero como el hombre. Sabemos que esto significa la expresión “carne” en la Biblia. Tal confesión de fe apunta realmente al misterio, a lo que nos desborda en comprensión y explicación. Misterio o realidad que trasciende lo humano. En el lenguaje cristiano “misterio” no es una cosa oscura o tenebrosa, sino una realidad que supera, que trasciende lo meramente humano y es luz para la mente y fuerza que mueve el corazón. Por ello, la invitación de la Liturgia del tiempo de Navidad nos invita constantemente a la adoración: “Venid. Adorémosle”. El Misterio sugiere adoración, más que palabras; silencio, más que estruendo exterior o eco ruidoso al interior.

¿Por qué contemplar el Misterio de la Natividad del Señor como Palabra encarnada? Me lo ha sugerido la reciente celebración del Sínodo de Obispos que ha tenido como tema “La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia”. Sin duda lo habéis seguido durante su celebración del 5 al 26 de octubre pasado. Se hizo público un mensaje sinodal a toda la comunidad eclesial. Se han dado a conocer, levantando el tradicional secreto anterior, las proposiciones que el Sínodo aprueba para presentar al Papa. A partir de ellas y de toda la documentación sinodal, se redactará finalmente la exhortación postsinodal firmada por el Papa.

En esta *salutatio* quiero compartir con vosotros solamente algunas impresiones que me ha producido la lectura del “Mensaje al Pueblo de Dios”. Con ello quisiera motivar el uso más frecuente, si cabe, de la lectura, oración y estudio de la Sagrada Escritura entre nosotros y el recurso más frecuente a ella en la práctica educativa y pastoral. La Palabra es el alimento base e imprescindible del Pueblo de Dios, que es la Iglesia, y de cada discípulo de Jesucristo. Es San Agustín, quien comentando la frase de la profecía de Ezequiel (“las llevaré [a las ovejas] a comer a los montes de Israel”, 34, 13) escribe: *por “montes de Israel” hay que entender las Sagradas Escrituras ... Juntaros en los montes de las Escrituras: allí encontraréis delicias para el corazón, allí no hay veneno, nada dañino, sólo sabrosa comida.* Esta doctrina es algo que sabemos, pero el conocimiento no nos ha llevado todavía a experimentarlo. La voz del Sínodo nos trae a la memoria que todo bautizado está invitado –más aún llamado o urgido- a apropiarse de la Palabra de Dios en su vida de cada día, haciendo de ella la guía y el sustento.

Si sugerente es la presentación de la Palabra de Dios como alimento imprescindible, lo es igualmente el verla como objetivo de nuestro trabajo apostólico, de nuestra misión. San Agustín se detiene todavía en el versículo de Ezequiel, que sigue así: las llevaré “por las orillas de los arroyos y por todos los lugares habitados del país”. Y comenta: *de los montes citados manan los riachuelos de la predicación evangélica cuando por toda la tierra se difunde su voz y cada lugar se transforma en tierra fértil y*

herbosa donde pastar. La Palabra es agua, tan necesaria como el alimento, con la que el cristiano riega la tierra, el campo y la ciudad, haciéndolos fecundos en buenas obras.

El mensaje sinodal invita a recorrer un camino espiritual con cuatro etapas. No son etapas sucesivas en el tiempo, sino más bien dimensiones a las que atender en la vida espiritual y apostólica. La etapa primera se centra en la Palabra en sí, para recordarnos que ésta no tiene como referencia central un libro sino una historia de salvación y una persona, Jesucristo, “Palabra de Dios hecha carne, hombre e historia”. La tradición cristiana, expresión de la sabiduría del Pueblo de Dios (el *sensus fidei* de los teólogos), ha colocado a menudo “en paralelo la Palabra divina que se hace carne con la misma Palabra que se hace libro”. Diría que si la Palabra es alimento y vida, y ésta es centralmente Jesucristo, el significado de esta primera etapa del camino humano a la luz de ella es lo que dejó escrito San Pablo: mi vivir es Cristo. La primera etapa que estamos solicitados a recorrer, según el Sínodo, es convertir nuestro conocimiento de Cristo en vivencia de nuestro pensar y hacer. Luchar y orar por unificar vida y fe día a día.

En la segunda etapa se trata de poner rostro humano a la Palabra en nosotros. Dios lo puso en la persona de su Hijo encarnado, Jesucristo. Por consiguiente, pensando en nosotros, en nuestro rostro evangélico, lo que procede es imitar a Cristo. Podemos hablar también de seguir a Cristo, aunque si seguimiento e imitación nos digan los maestros espirituales que no son del todo nociones coincidentes. Para andar por la vida con sencillez cristiana podemos intercalar los verbos imitar, seguir, revestirse, ser en Cristo. Una *guía*, pensada en escolapio, para trabajar esta etapa puede ser el Documento del Capítulo General de 2003 “*Revestidos de Cristo*”, que se distribuyó ampliamente en toda la Orden en 2004. Finalizando el sexenio, invito a retomar el documento y a hacerlo objeto de lectura y oración personal y de reflexión y conversación comunitarias. Sus páginas nos ofrecen una buena manera de forjar en nosotros, escolapios, el rostro de Cristo, personal y comunitariamente. El mensaje sinodal nos previene, para caminar eficazmente en el intento, con dos recomendaciones a modo de “brújula para caminantes”: a) “Cada lector de las Sagradas Escrituras, incluso el más sencillo, debe tener un conocimiento proporcionado del texto sagrado recordando que la Palabra está revestida de palabras concretas a las que se pliega y adapta para ser audible y comprensible a la humanidad”; b) no detenerse solamente en la letra material en que las Escrituras están redactadas, como si la Biblia se redujera a un documento del pasado o a un noble testimonio ético o cultural. Tenidas en cuenta las dos cautelas, evitaremos “el equívoco fundamentalista” y el “vago espiritualismo o psicologismo”.

La etapa tercera consiste en darse cuenta, llevándolo a la práctica, de que la Palabra tiene también su casa, aunque sea proclamada a los cuatro vientos. Esta casa es la Iglesia. La Palabra de Dios es una palabra en familia. “*Todos se reunían asiduamente para escuchar la enseñanza de los apóstoles y participar en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones*” (He 2, 42). A partir de esta frase del Libro de los Hechos de los Apóstoles, el mensaje sinodal habla de las cuatro columnas que mantienen la casa: 1) *la predicación de la Palabra*, resaltando la importancia de la homilía y de la catequesis; 2) *el sacramento*, sobre todo la Eucaristía; 3) *las oraciones*, recomendando la práctica de la *Lectio divina* sin necesidad de someterse a un esquema predeterminado y fijo, sino adecuado a las circunstancias en las que el grupo o la persona vive; 4) *la comunión fraterna*, porque sólo forman familia, según Jesús, aquellos que “oyen la palabra de Dios y la cumplen” (Lc 8, 21). Y un escuchar y no practicar la fraternidad es ejercicio inútil y acción vana: “No todo el que me dice:

‘¡Señor, Señor!’, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mt 7, 21). Esta es la voluntad del Padre transmitida por Jesús: que os améis.

Finalmente la etapa cuarta es la misión. La Palabra de Dios, personificada en Cristo y testimoniada por nosotros “sale de su casa, del templo, y se encamina a lo largo de los caminos del mundo para encontrar la gran peregrinación que los pueblos de la tierra han emprendido en la búsqueda de la verdad, de la justicia y de la paz”. Al pensar el nosotros escolapio, me atrae especialmente la referencia del mensaje sinodal a la evangelización de los niños y los jóvenes: “En especial, las nuevas generaciones, los niños, los jóvenes, tendrán que ser los destinatarios de una pedagogía apropiada y específica, que los conduzca a experimentar el atractivo de la figura de Cristo, abriendo la puerta de su inteligencia y su corazón, a través del encuentro y el testimonio auténtico del adulto, la influencia positiva de los amigos y la gran familia de la comunidad eclesial”. En clave realista el mensaje habla del “misterio del pecado”, refiriéndose así a la maldad y a la mentira que corre ampliamente por el mundo. Pero la actitud que pide es sobre todo de esperanza. “El cristiano tiene la misión de anunciar esta Palabra divina de esperanza, compartiéndola con los pobres y los que sufren, mediante el testimonio de su fe en el Reino de verdad y vida, de santidad y gracia, de justicia, de amor y paz, mediante la cercanía amorosa que no juzga ni condena, sino que sostiene, ilumina, conforta y perdona, siguiendo las palabras de Cristo: *Vengan a mi, todos los que están fatigados y agobiados, y yo les daré descanso*” (Mt 11, 28).

Hago mía la recomendación final del mensaje sinodal: “Hagamos resonar (la Palabra) al principio de nuestro día, para que Dios tenga la primera palabra, y dejémosla que resuene dentro de nosotros por la noche, para que la última palabra sea de Dios”. He oído este comentario de un padre sinodal: la intención pastoral del Sínodo no está tanto en que recurramos para esto y lo otro a la Biblia, sino en que hagamos bíblicamente todo; que impregnemos la vida y el obrar del sabor de la Palabra.

Vuelvo al comienzo de la *salutatio*: la Palabra se hizo carne, venid y adoremos. Es Navidad: celebremos con fe renovada al Hijo hecho hombre, nacido en Belén de María Virgen por obra del Espíritu Santo. Allí estaban José, hombre justo, los animales del establo, los ángeles y los pastores. Como ellos, también nosotros, en el silencio “de la noche”, adoremos el Misterio.

En el clima gozoso de la Navidad, felicito de corazón a los Escolapios que en este mes de diciembre celebran algún aniversario importante. Los de 25 años de sacerdocio: José Luis Barrera, Josep Maria Canet, Pedro Miguel Gabaldón y Martín Eloy Jiménez. El de 50 años de sacerdocio: Vicente Sacedón. Y los de 60 años como sacerdotes: Victorino Ruiz Mugerza y Jesús Zuazúa. Que sus vidas sigan dando abundantes frutos de evangelio y de bondad. *Ad multos annos!*

*Jesús María Lecea, Sch. P.
Padre General*